

Nos volveremos a encontrar

I

Tamara

Ya te vas. Te vas y no podré dejar de pensar cada día en tu ausencia. Pero no hay otra solución. No puedo permitir que crezcas aquí tal y como están las cosas. No podría perdonarme que algo te pasara sabiendo que tenemos una oportunidad para que huyas lejos. Irás con los abuelos a la casa de mi hermano Artur, que vive en Alemania. Tal vez allí consigas respirar con libertad, sin tener que temer por lo que pueda ocurrir. Aunque ni siquiera sé si entiendes lo que pasa todavía. Eres tan pequeña y dulce... No quiero que pierdas tu infancia ni tu inocencia tan rápidamente, no de esta manera...

Decidí que te marcharías el día que bombardearon el pueblo que está a varios kilómetros del nuestro. Se oyó un estruendo distante y la tierra tembló por un instante. Tú jugabas en el parque y fui corriendo a por ti. Gracias a Dios estabas bien. Esa noche, en el refugio, hablé con el vecino de lo sucedido. Al parecer, el proyectil alcanzó un bloque de viviendas. Desde la calle, dijo, podían verse las cocinas de las casas con las estanterías llenas de comida sin terminar, los pasillos del portal con las luces de emergencia aún encendidas, habitaciones ennegrecidas, restos de fotografías quemadas... Su sobrina, que vive cerca del lugar, desapareció tras la explosión. De entre la piedra derruida sacaron una bufanda manchada de sangre. Solo eso bastó para que dejaran de seguir buscando. Así funciona el juego de la guerra: llegan con sus peones de metal y destruyen a capricho. Son sólo unos instantes, pero somos nosotros los que, después, tenemos que escarbar entre los escombros y las cenizas mientras rezamos porque nuestros hijos no hayan sido los siguientes.

Nosotros no podemos acompañarte. Con la ley marcial, todos los hombres de entre 16 y 60 años deben quedarse lo que dure el conflicto. Tu padre no puede abandonar el país y yo tampoco puedo abandonarle a él. Tus abuelos me han intentado convencer de que marche con vosotros hacia Alemania, pero soy incapaz de hacerlo. Sé lo que la soledad puede hacer en las personas... Antes de conocerme, tu padre estaba muy triste, se aisló por completo del mundo cuando murieron sus padres, dejó de comer, de salir a la calle... Temo que vuelva a pasar lo mismo si toda su familia desaparece de su lado.

La noche de antes no pude dormir, calculando la distancia que nos separaría a partir del día siguiente. Te leí el cuento del soldadito de plomo y procuré guardar en mi memoria ese momento para que me acompañara las siguientes semanas, o meses... Te echaré muchísimo de menos.

Ahora ya estamos en la estación. Todo está pasando demasiado rápido y no puedo contener las lágrimas cuando te veo. Tú lloras conmigo... De alguna manera creo que sabes tan bien como yo que no es tan sencillo como parece. Tu padre y yo hemos intentado que permanezcas ajena a lo que pasa... pero es imposible ocultar la sensación de peligro o ignorar las alarmas. Antes de irte, te digo:

– Cuando sea de noche, mira las estrellas, porque yo también las estaré viendo contigo. Así, aunque estemos muy lejos la una de la otra, Lilia, nos volveremos a encontrar.

Te doy un beso en la mejilla y te suelto de mis brazos, mientras veo cómo el tren se aleja poco a poco... hasta hacerse diminuto.

II

Lilia

Mamá me ha preparado un viaje con los abuelos. Vamos a pasar la primavera con el tío Artur en su casa en Alemania. Así, dice, podré estudiar el idioma y ver cómo nacen las flores en primavera. Mamá lleva semanas hablándolo con el tío y los abuelos por teléfono, y suena muy nerviosa cuando llaman. Nunca he ido de viaje, y mucho menos salido del país, y creo que Mamá se preocupa por si la voy a echar de menos... Pero creo que me vendrá bien.

Aquí hace un mes que ya no baja nadie a jugar. En el patio, hacíamos con nuestros dedos pistolas y disparábamos a los del equipo contrario. Nos perseguíamos los unos a los otros hasta que, cuando te cansabas de tanto correr, te dabas por muerto y te tirabas al suelo. Un día nuestra profesora nos vio jugando en el recreo, y a la vuelta a clase nos pidió que parásemos o, si no, nos castigaría. A veces no entiendo por qué los mayores les tienen tanto miedo a esas cosas, ¿son solo un juego! Otro día oímos un golpe muy fuerte a la distancia, y Mamá apareció de repente, me agarró del brazo y me llevó rápido de vuelta a casa. Esa fue la última vez que estuve con mis amigos en la calle. A partir de ese momento tan sólo vi un niño de mi edad en los sótanos de mi edificio. Cuando suenan las sirenas todos vamos allí y yo me duermo hasta que pasa, pero esa tarde vi a un chico. Era más pequeño que yo, con los ojos muy grandes. Me miraba con la misma curiosidad que yo a él. Allí abajo, casi todos son adultos y se pasan la noche hablando entre ellos. Yo me quedé al margen, viendo cómo jugaba con un muñeco y lo hacía pelear contra otro que tenía en la otra mano. No he vuelto a verle desde entonces...

Me explicaron que papá no podía venir con nosotros, y que mamá se quedaba acompañándole. Dijeron que no podían irse teniendo tanto trabajo pendiente, pero yo sé que es mentira. Por las noches, cuando piensan que estoy dormida, les oigo discutir sobre el viaje. Papá siempre intenta convencer a Mamá de que vaya, pero ella siempre dice lo mismo: "Sé que estarías bien, pero yo no... no puedo arriesgarme a que suceda de nuevo...". Luego se ponen a hablar muy bajito y yo me quedo dormida.

La noche de antes Mamá vino a mi cama a darme las buenas noches. Me leyó El soldadito de plomo, mi cuento favorito. Antes de apagar la luz, se quedó mirándome un pequeño rato. Me di cuenta que durante días no volvería a verla, ni sería ella quien me viniese a arropar...

Hoy, en la estación, Mamá no para de limpiarse las lágrimas, y a mí, al verla, me contagia su tristeza. No sé por qué lloro, si nos vamos a ver dentro de unas semanas, pero no puedo evitarlo. Cuando vuelva, le contaré lo bonitos que son los reflejos que hace el sol en el agua de los ríos. Le hablaré de cómo por las mañanas, al despertarme, se oyen pájaros cantores en lugar del silencio al que ya estoy acostumbrada. Antes de partir, me dice:

– Cuando sea de noche, mira las estrellas, porque yo también las estaré viendo contigo. Así, aunque estemos muy lejos la una de la otra, Lilia, nos volveremos a encontrar.

Mamá me da un beso en la mejilla y un abrazo largo. Noto la presión con la que me agarra contra ella, hasta que el tren arranca. Entonces me quedo viendo desde la ventanilla cómo por primera vez Mamá se aleja de mí... hasta que la pierdo entre la multitud.

Laura Trigo del Pico
1º Bachillerato
17 años